

¿Crucifixiones en Cuba? Arqueología histórica del conflicto Cuba-España en Madruga en 1897

Yasmani CEBALLOS IZQUIERDO¹, Johanset ORIHUELA²

Resumen

Este estudio examina las evidencias de la represión ejercida por las fuerzas coloniales españolas en Madruga (Cuba occidental), durante el verano de 1897. Se analiza el uso sistemático de la tortura, incluyendo la tortura de la sed, y las ejecuciones públicas como estrategias de guerra psicológica. Un caso clave es el de Ramón Montero, cuya carta denunciando las atrocidades perpetradas por el ejército español fue divulgada en la prensa estadounidense, dando visibilidad internacional a los hechos. La investigación compara estas prácticas represivas con otras formas de ejecución pública, resaltando cómo el sufrimiento prolongado y la exposición de las víctimas generaban un impacto simbólico y psicológico similar al observado en algunas ejecuciones históricas, sin implicar una equivalencia literal con la crucifixión. A pesar de la ausencia de registros oficiales militares, los testimonios preservados en la prensa y el análisis del contexto histórico sugieren una estrategia deliberada de represión destinada a quebrar la moral de la población local. Esta investigación contribuye al conocimiento del conflicto hispano-cubano y plantea interrogantes sobre el papel de la memoria histórica en la interpretación contemporánea de la violencia colonial. Palabras clave: tortura, crucifixión simbólica, represión española, guerra de independencia cubana, Madruga.

Abstract

This study examines evidence of repression carried out by Spanish colonial forces in Madruga (western Cuba) during the summer of 1897. It analyzes the systematic use of torture -including the so-called “torture of thirst”- and public executions as strategies of psychological warfare. A key case is that of Ramón Montero, whose letter denouncing atrocities committed by the Spanish army was published in the U.S. press, giving the events international visibility. The research compares these punitive practices with other forms of public execution, emphasizing how prolonged suffering and the exposure of victims produced a symbolic and psychological impact similar to that of certain historical executions, without implying a literal equivalence with crucifixion. Despite the absence of official military records, testimonies preserved in the press and the historical context suggest a deliberate strategy of repression aimed at breaking the morale of the local population. This study contributes to a deeper understanding of the Spanish-Cuban conflict and raises questions about the role of historical memory in interpreting colonial violence today. Keywords: torture, symbolic crucifixion, Spanish repression, Cuban War of Independence, Madruga.

¹Biblioteca Digital Cubana de Geociencias, Madruga, Mayabaque, Cuba, yasmaniceballos@gmail.com

²Department of Earth and Environment (Geosciences), Florida International University, USA, jorih003@fiu.edu

Introducción

A finales del siglo XIX, Madruga, pueblo ubicado al centro-este de la provincia Mayabeque, fue testigo de algunas de las peores atrocidades cometidas durante la guerra por la independencia en la isla. Los registros de torturas, asesinatos y represión evidencian la brutalidad del régimen colonial español en su intento por sofocar cualquier indicio de rebelión o como respuesta a su incapacidad de derrotar a las tropas independentistas. Los sospechosos de colaborar con el movimiento independentista eran sometidos a torturas físicas y psicológicas con el objetivo de sembrar el terror entre la población y erradicar el apoyo a las fuerzas insurrectas.

Una de las formas de tortura más impactantes, descrito en pocos diarios de la época, consistió en atar a las víctimas a postes o árboles durante varios días bajo el sol, sin agua ni comida, en lo que se podría considerar un tipo de crucifixión moderna, aunque no en el sentido tradicional (con clavos en las manos o pies). Aunque el uso del término ‘crucifixión moderna’ puede resultar evocador, se debe entender que la comparación se fundamenta únicamente en ciertos aspectos del sufrimiento público, la exposición prolongada al calor, la deshidratación y la función ejemplarizante, sin que se asuma una correspondencia completa con la crucifixión romana, que incluía elementos rituales y estructurales propios de su contexto histórico. En este sentido, el simbolismo se utiliza para resaltar el impacto psicológico de la tortura, pero sin equiparar ambos métodos de forma literal. Este tipo de tortura que debió ser excepcional para la época es el último recurso para lograr someter al pueblo, como advertencia de lo que podía pasarle a todo aquel que violara lo establecido.

Este artículo examina el contexto histórico de Madruga entre febrero y noviembre de 1897, evaluando los testimonios sobre estas prácticas inhumanas y su posible interpretación como una forma de crucifixión simbólica.

Materiales y métodos

La investigación se basó en el análisis de fuentes primarias y secundarias, tales como diarios de

campana, reportes de prensa de la época y archivos inéditos del museo municipal María Mercedes García Santana de Madruga (M-MAD), así como en estudios de historiadores locales como Carlos Miguel Suárez Sardiñas y Vladimir Hernández Zamora. Se consultaron archivos digitales en varios repositorios en línea (<https://bibliotecavirtual.defensa.gob.es>) para acceder a la documentación sobre las torturas y asesinatos cometidos en Madruga a finales del siglo XIX, con especial énfasis en el periodo entre febrero y noviembre de 1897. La selección e interpretación de las fuentes se basó en tres criterios fundamentales: relevancia (documentos con detalles específicos sobre la represión y testimonios directos), confiabilidad (información corroborada por múltiples fuentes o coherente con el contexto histórico) y comparación crítica (contraste entre testimonios, registros oficiales y estudios previos). Esta metodología, aunque limitada por la escasez de fuentes oficiales, permite un análisis más riguroso y refuerza la validez de los hallazgos. Se realizó una comparación entre los métodos represivos documentados en Madruga y otras formas históricas de ejecución, especialmente aquellas que involucran elementos como la inmovilización, la exposición pública y el sufrimiento prolongado. Para ello, se emplearon textos teóricos sobre la crucifixión en la Antigua Roma y otras culturas, los cuales fueron contrastados con los casos locales registrados. Para ello, se utilizaron textos teóricos sobre la crucifixión en la Antigua Roma y otras culturas, y se contrastaron con las torturas documentadas.

Contexto histórico: Madruga en 1897

A finales del siglo XIX, con el reinicio de la lucha independentista en 1895, la represión española en Cuba alcanzó niveles sin precedentes. En Madruga, el clima de inseguridad generado por el bandolerismo fue utilizado como pretexto por el régimen colonial para intensificar la persecución de las masas (Millet, 1887; Suárez-Sardiñas, 1995, 2024).

El investigador madrugero Pablo Oliva Reyes (1947) destaca cómo las autoridades españolas justificaban sus acciones represivas bajo la excusa de combatir a los bandoleros. Un ejemplo es la

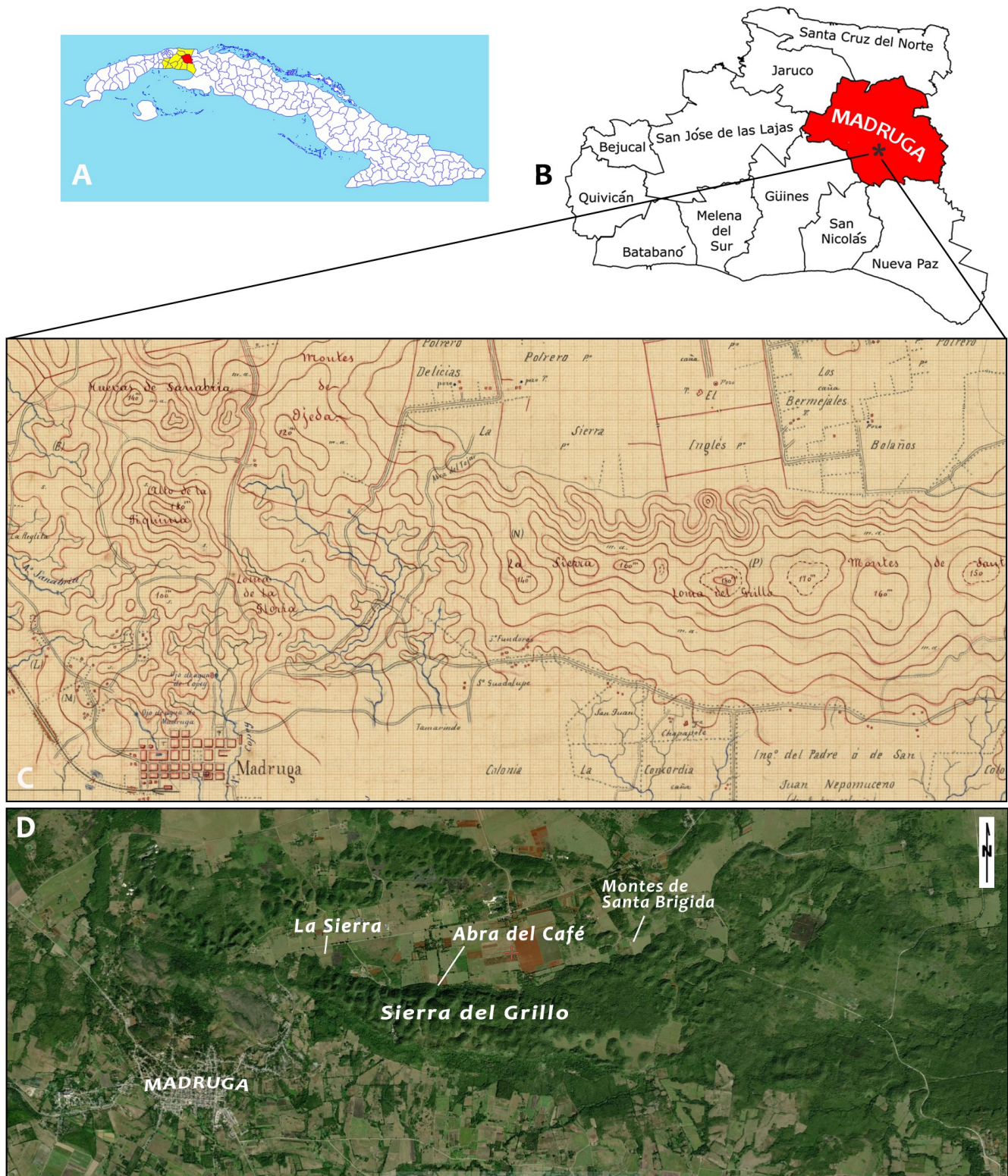


FIG. 1. Ubicación geográfica de la Sierra del Grillo en Madrugá, Cuba. (A) Mapa de Cuba con la ubicación del municipio de Madrugá resaltada en rojo y (B) ampliación de la provincia de Mayabeque, con Madrugá en rojo y en asterisco la posición de la Sierra del Grillo. (C) Fragmento de un mapa topográfico de 1890 donde se observan el relieve de la Sierra del Grillo, su entorno y los topónimos de la época. (D) Imagen satelital correspondiente al área, se señalan La Sierra, el Abra del Café y los Montes de Santa Brígida

causa número 111, abierta contra 15 habitantes del pueblo de Madruga en 1888, incluidos médicos, comerciantes, propietarios y labradores, quienes fueron acusados de colaborar con el bandolero Lengue Romero. Entre los acusados estaban Manuel Duke y Juliana González, quienes fueron encarcelados junto a sus hijos menores, primero en la cárcel de Ceiba y luego en la Isla de Pinos (Suárez-Sardiñas, 1995). Con el mismo pretexto, Antonio y Ambrosio Cepero, residentes en el barrio de Itabo, fueron asesinados y sus cuerpos arrojados a una cueva, un crimen que conmocionó a la población local (Suárez-Sardiñas, 1995). Para encubrir estos hechos, las autoridades españolas difundieron un telegrama a la Capitanía de Güines que autorizaba la detención de los hermanos bajo la misma acusación de colaborar con bandoleros.

En el transcurso de la guerra, el régimen colonial español consolidó su control en Madruga mediante una extensa red de fortificaciones estratégicas. Estas incluían una zanja ancha y profunda con alambradas y postes de madera que rodeaba la población limitando el acceso desde solo dos puntos: uno al final de la calle Sol (actual avenida 25) y otro al final de la calle Industria (actual calle 26). Estos puntos se encontraban protegidos con fortines guarnecidos día y noche, con horarios estrictos para entrar o salir. En tramos de 100 metros de alambradas se encontraban estos fortines. Dentro del perímetro urbano, se ubicaban otras fortificaciones clave. En la actual calle 34 esquina a Ave. 31, existía un fuerte con garita y capacidad para 25 hombres; en la calle 32 donde se encuentra el asilo San Vicente de Paul, se levantaba un fuerte llamado Cabite con capacidad para 100 soldados, y al norte del pueblo el fuerte de la Loma de la Gloria con medios de comunicación como teléfono y heliógrafo (Fig. 2). Completaba esta red defensiva trincheras de piedras camufladas y rieles de hierro en las calles. En 1897 se extendió un cordón de fortificaciones hacia el este del poblado abarcando zonas como el Inglés, Ponce, Vista Hermosa, Armonía y continuando hasta Canasí. Además, para el régimen colonial español era crucial garantizar la continuidad de la producción mercantil, lo que llevó a reforzar la fortificación y defensa de importantes ingenios como San Antonio, Santa Rita y, en la localidad de Aguacate, los ingenios Averoff y Rosario (Fig. 3).

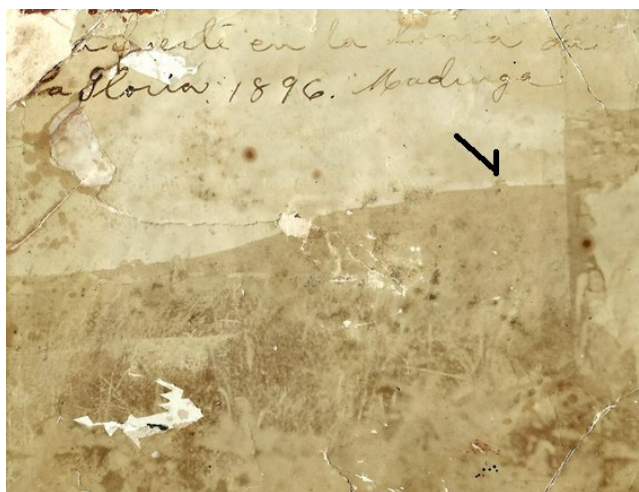


FIG. 2. Vista en la distancia del fuerte en la Loma de la Gloria, al norte del pueblo de Madruga, en 1896. Fotografía original de archivo de Vladimir Hernández Zamora



FIG. 3. Fortín del ingenio Rosario en Aguacate, sobreviviente a la destrucción de estas estructuras en Madruga al terminar la guerra del 95'. Fotografía original de archivo de Carlos Miguel Suárez Sardiñas



FIG. 4. Campo de reconcentración en Madruga en 1897. Foto probablemente tomada desde la Loma de la Gloria, al norte del poblado. Fuente: Ridpath (1907)

La política de reconcentración implementada por el general español Valeriano Weyler agravó significativamente la miseria y devastó las zonas rurales, llevando a miles de personas a la inanición y a enfermedades mortales. Las atrocidades derivadas de esta política en Madruga provocaron múltiples denuncias, evidenciando la brutalidad sufrida por la población. Unido a ello, entre febrero y noviembre de 1897, Madruga se convirtió en escenario de intensos enfrentamientos entre las fuerzas españolas y las tropas independentistas, alcanzando su punto álgido durante el verano. Una nota de *El País* del 14 de junio de 1897 señaló que en una población que no llegaba a 5000 habitantes, se registraron 207 defunciones solo en abril, provocadas por enfermedades como la viruela, el sarampión y la disentería (Anónimo, 1897a). En una nota titulada “Horrores de la reconcentración”, un médico estadounidense en La Habana, tras revisar el informe oficial de muertes de Madruga, declaró: “Ni en un centro de cólera asiático, ni siquiera en uno de peste bubónica, ha habido una tasa de mortalidad mayor que la que actualmente se alcanza en el pueblo de Madruga, cerca de Matanzas. Ni siquiera en el Oriente azotado por la plaga hay una aldea que merezca más legítimamente la simpatía de la civilización que este mismo Madruga, y es solo uno entre muchos”. Según su reporte, entre enero y mediados de junio, falleció un tercio de la

población de Madruga (De Quesada, 1897). Un corresponsal español, escribiendo desde allí para un periódico de La Habana, relató con desesperación: “Durante las últimas dos semanas, ha habido en este lugar 112 muertes, principalmente por falta de alimentos. Desde el amanecer, no se ve más que mujeres, hombres y niños en las calles, pálidos y demacrados, implorando caridad pública; otros yacen arrojados en los umbrales de las puertas, desde donde son recogidos para ser transportados al cementerio. Lo que ocurre aquí es horrible. La pluma se niega a describirlo, pues jamás ha sucedido algo semejante, incluso en las regiones más remotas de África” (Allen-Tupper, 1898). Sin acceso a recursos básicos, el pueblo se vio obligado a ampliar su cementerio, un sombrío reflejo de la desesperante situación sanitaria y económica (Fig. 4).

En 14 mayo de 1897, el *Diario de la Marina* reportaba la “carga del Cangre”, como un enfrentamiento en el que los escuadrones de Numancia y Lusitania, bajo el mando del teniente coronel Manuel Cangas Argüelles y fuerzas del coronel Francisco de Aguilera, enfrentaron a una partida de insurrectos en la zona del Cangre (Anónimo, 1897b). Según el medio, las fuerzas españolas lograron desorganizar a los mambises, persiguiéndolos hasta el ingenio Esperanza y provocando numerosas bajas. Los reportes señalan que el ejército

español recogió gran cantidad de armas y caballos, y exhibió los cadáveres de los rebeldes en Madruga, como un espectáculo público, resaltando la crudeza del conflicto (Anónimo, 1897b). El *Diario de la Marina* presentó este combate como un golpe decisivo contra las tropas mambisas, afirmando que debilitó su moral. Sin embargo, los hechos posteriores contradicen esta versión oficial, ya que las continuas derrotas sufridas por las fuerzas españolas en la Sierra del Grillo y la obligada presencia del propio Weyler en Madruga evidencian la persistencia de la resistencia independentista.

El *Diario de la Marina* al servicio de España, actuaba como un medio de propaganda para las autoridades metropolitanas, exagerando los hechos con el fin de justificar las constantes demandas de hombres y recursos económicos. Existe una notable diferencia entre la narrativa, el número de bajas reportadas por las distintas partes involucradas en los enfrentamientos y los datos consignados en los partes oficiales del gobierno español, prensa y diarios de campañas. Estas diferencias podrían deberse al escaso reconocimiento del terreno realizado por las fuerzas españolas tras los combates, agravado por la complejidad geográfica de la Sierra del Grillo, lo que dificultaba una inspección detallada de la zona y favorecía tanto la falta de información precisa como la manipulación deliberada de las cifras para magnificar logros militares y obtener mayor reconocimiento oficial (Suárez-Sardiñas, 1995). En algunos casos, se presentaba a la población civil local, asesinada posteriormente, como caídos en combate, práctica documentada en otros escenarios de la contienda. Por otro lado, los informes oficiales reflejaban frecuentemente la narrativa dominante impulsada por la prensa española, encargada de difundir estas versiones en la sociedad. Mientras tanto, la prensa americana ya para ese entonces tenía otras motivaciones, actuando impulsada por intereses propios (Rea, 1897). Sin embargo, la limitada cobertura y la escasez de recursos dificultaban que los medios alcanzaran a toda la población, especialmente en las zonas rurales y apartadas. En este contexto, los mecanismos utilizados por las fuerzas mambisas se tornaron esenciales para contrarrestar la propaganda oficial y difundir la verdad de los acontecimientos ocurridos. A continuación, se narra una serie de acciones que ponen en contexto el conflic-

to Cuba-España en Madruga durante la mayor parte del año 1897.

El 22 de marzo de 1897, el Cuartel General de la Primera Brigada Norte de La Habana, liderado por el brigadier Rafael de Cárdenas, preparó un ataque contra la guerrilla española de Ignacio Balbín, que forrajeaba en el ingenio La Esperanza cerca de Catalina de Güines (Morales-Patiño, 1953). Una fuerza de 50 hombres bajo el mando del comandante Manuel Antonio Martínez y el capitán Quirino Zamora, emboscó exitosamente al enemigo tras simular una retirada. La acción terminó con unos 30 españoles muertos, incluido Balbín, mientras que las bajas cubanas se limitaron a heridos. Tras la victoria, las tropas cubanas regresaron al Cuartel General para informar sobre la operación. Poco después, el campamento fue trasladado rumbo a Pipián. Alrededor de las 2 de la tarde, exploradores informaron que otra fuerza española estaba forrajeando cerca del lugar. El general Cárdenas ordenó al teniente coronel Ávalos reunir un grupo de ataque, que incluyó al capitán Quirino Zamora con algunos de sus hombres, para un total de 35 combatientes (Morales-Patiño, 1953). Según Varona Guerrero (1946), esta acción ocurrió cuando la fuerza cubana retornaba a su campamento y tropezó inesperadamente con una fuerza española de Pipián. En su relato sobre el coronel Emilio Ávalos Acosta, Varona Guerrero (1946) no le señala esta actuación, sin embargo, fue el jefe cubano quien la ordenó (Morales-Patiño, 1953).

La fuerza de Ávalos encontró a los españoles y atacó, en un enfrentamiento que Morales-Patiño (1953) denominó acción de La Victoria, Pipián. Las fuerzas españolas, compuestas por infantería y caballería, se retiraron haciendo fuerte resistencia; pero poco después, los de caballería abandonaron a los otros y huyeron. El comandante Perdomo y Quirino Zamora intentaron interceptar a los jinetes por un flanco, pero estos habían tomado ventaja, logrando refugiarse en el pueblo tras cruzar un río y una cerca de piedra. Junto a la cerca se colocó el coronel Ávalos dirigiendo las operaciones cuando un cabo español, oculto, le disparó a quemarropa con su tercerola. A pesar de errar el primer disparo, el cabo recargó su arma para intentarlo nuevamente. Mientras tanto, Perdomo y Zamora, al regresar de la persecución, presenciaron el peligro e

intentaron alertar al coronel. Espolearon sus caballos y cruzaron el terreno arado a toda velocidad. Sin embargo, antes de que el cabo pudiera disparar de nuevo, Zamora lo abatió con un certero disparo. Tras este episodio, Zamora inspeccionó los alrededores y descubrió a otro enemigo oculto entre unos paredones ruinosos cerca del río, a quien también eliminó. El combate continuó en los cañaverales cercanos, donde varios españoles fueron eliminados, y concluyó a medio kilómetro del pueblo, donde cayó el último enemigo junto a una palma. La fuerza española sufrió 16 bajas en total, incluyendo un civil español identificado posteriormente como un bodeguero, quien había sido confundido por su vestimenta similar a la militar. Morales-Patiño (1953) relacionó la próxima acción significativa en Aguacate, el 12 de mayo de 1897, donde el jefe militar Néstor Aranguren realizó un ataque con machete contra una fuerza española, logrando dar muerte a tres enemigos y capturando sus armas.

El mismo 12 de mayo, fuerzas del Ejército Libertador, compuestas por los regimientos de caballería Habana y Jaruco bajo el mando del brigadier Rafael de Cárdenas, se enfrentaron a tropas españolas en los alrededores de la tienda El Cangre, ubicada a unos 8 km al este de Güines y a una distancia similar al suroeste de Madruga (Morales-Patiño, 1953). Las tropas cubanas habían recibido información errónea de que el enemigo consistía únicamente en una pequeña fuerza de caballería. Basándose en este reporte, Rafael de Cárdenas organizó un ataque en dos flancos, confiando en una rápida victoria. Sin embargo, al comenzar el avance, se encontraron con una fuerza española considerablemente superior, formada por tres columnas enemigas (Morales-Patiño, 1953).

El teniente coronel Emilio Ávalos lideró la carga inicial por el flanco derecho, logrando arrollar a la primera línea enemiga y alcanzar la tienda de El Cangre. Sin embargo, pronto enfrentó lo inesperado: la llegada de un refuerzo compuesto por 1 200 hombres de infantería y caballería española al mando del coronel Aguilera (Varona Guerrero, 1946). Este contingente desató un intenso fuego que causó graves bajas entre las filas cubanas y obligó a la fuerza de Ávalos a retirarse en derrota hacia las ruinas del demolido ingenio La Esperanza.

Mientras tanto, el flanco izquierdo, liderado por el comandante Gabriel de Cárdenas, encontró a 200 soldados españoles atrincherados en la casa de la finca La Angelita durante su avance hacia Madruga. Allí se produjo un encarnizado enfrentamiento donde el fuego enemigo, descrito como un auténtico torbellino, obligó a retroceder a la fuerza de Cárdenas, compuesta por apenas 50 hombres (Varona Guerrero, 1946).

Las fuerzas dispersas del centro cubano, que ya habían combatido previamente, volvieron a enfrentarse al enemigo. La falta de municiones, sumada a la presión de las tropas españolas que perseguían incluso a los que se retiraban, provocó confusión y pérdidas adicionales. Algunos combatientes heridos fueron alcanzados y ejecutados por los españoles. El coronel Ávalos logró reagrupar a parte de sus hombres en el ingenio La Esperanza y dirigirse al monte Rechazo. Por su parte, el brigadier Cárdenas intentó reorganizar la resistencia en la finca Mariano Díaz, pero las bajas y la dispersión de sus hombres limitaron sus esfuerzos.

Las bajas cubanas incluyeron al comandante Manuel Vicente Díaz, el capitán Federico Helmut, el teniente Juan José Izquierdo, y al menos 20 soldados, además de varios heridos y dispersos (Morales-Patiño, 1953). Las bajas españolas fueron significativamente menores, estimándose entre 7 y 10 según sus propios reportes. El combate de El Cangre fue un revés táctico para las fuerzas independentistas cubanas, marcado por la falta de inteligencia precisa, la superioridad numérica española y la presión constante de las columnas combinadas del coronel Aguilera y el teniente coronel Cangas Argüelles. A pesar de las pérdidas, las fuerzas cubanas demostraron una notable capacidad de resistencia en condiciones adversas, destacando el liderazgo del coronel Ávalos en la retirada.

Al día siguiente, el 13 de mayo de 1897, como consecuencia de la tenaz persecución de las tropas españolas contra los cubanos, se produjeron encuentros por vanguardia y al contramarchar por el rastro, con una columna enemiga que avanzó y ocupó el ingenio Cayajabos (Morales-Patiño, 1953). Al intentar desviarse hacia la izquierda, las fuerzas cubanas toparon con una tercera columna que logró cortar su retaguardia, donde se encontra-

ban el teniente coronel Mario Díaz y los capitanes Gabriel de Cárdenas y Quirino Zamora. Ante el peligro de un cerco, se tomaron medidas estratégicas para evitarlo. El teniente coronel Mario Díaz junto a las fuerzas del centro resistió el ataque que se llevaba a cabo por la retaguardia y uno de sus flancos. Cuando la situación se tornaba crítica, la llegada oportuna de las fuerzas de infantería del teniente coronel Eliseo Figueroa Mirabal (Fig. 5), quien emboscó al enemigo desde la Sierra del Grillo, permitió contener el avance español. En la confusión provocada por la polvareda levantada por el enemigo, los mambises lograron ocultarse en una ceja de monte a corta distancia del adversario (Suárez-Sardiñas, 2024).



FIG. 5. Fotografía del teniente coronel Eliseo Figueroa Mirabal tras el fin de la guerra, durante el período neocolonial. Fotografía original de archivo de Carlos Miguel Suárez Sardiñas

Según el *Diario de la Marina*, tras los resultados de la acción en El Cangre, el coronel Aguilera acampó en Pipián la noche del 21 al 22 de mayo con dos compañías de Isabel la Católica y organizó

una operación combinada con la columna de Almansa y la brigada disciplinaria, dirigida por el comandante Pérez, junto a dos escuadrones de Numancia bajo el mando del teniente coronel Cangas Argüelles, la guerrilla de Pipián y Madruga, y 60 hombres de Mallorca al mando del comandante militar de Madruga (Anónimo, 1897c). El objetivo era rodear la Sierra del Grillo, una zona utilizada por los mambises debido a su accidentado terreno y densa manigua. Para ello, tres compañías de infantería iniciaron un reconocimiento a pie dirigido por el comandante Costa, el coronel Aguilera se ubicó cerca de Cayajabos, mientras que las guerrillas de Pipián y parte de las de Madruga avanzaron bordeando las lomas. Más adelante, se ubicó el escuadrón de Palos, y siguiendo desde El Inglés hasta Bolaños la infantería y uno de los escuadrones de Numancia mientras que el otro acompañaba al coronel Aguilera y al teniente coronel Cangas Argüelles quienes supervisaban el despliegue militar. Sin embargo, antes del reconocimiento dirigido por el comandante Costa, los mambises ya habían cambiado de posición y los españoles solo encontraron un campamento abandonado con una carreta, una tercerola, municiones, una sombrilla y diversos efectos, que fueron destruidos. También se hallaron ocho sepulturas recientes, presumiblemente con dos cuerpos cada una, posiblemente de oficiales caídos en días anteriores (Anónimo, 1897c).

La Sierra del Grillo ofrecía un refugio natural y constituía un importante punto estratégico para las fuerzas mambisas, que conociendo el terreno y por encontrarse la misma en el centro de la parte este de la provincia, les facilitó operar eficazmente sobre las principales vías de comunicaciones y puntos económicos clave. Aprovechando la topografía montañosa de la región como aliado, las fuerzas cubanas sostuvieron una guerra de posiciones, hostigando a las columnas españolas mediante movimientos casi diarios, tiroteos, ataques sorpresivos, emboscadas, y estableciendo campamentos ocultos, hospitales, y una red de vigías y trincheras que dificultaban el avance enemigo. Para el ejército español, ocupar esta posición era crucial para sus planes de quebrantar la resistencia mambisa y avanzar en su política de pacificación. Ello provocó una dislocación importante de fuerzas desde otros lugares hacia Madruga con el des-

pliegue de varias columnas bajo el mando de oficiales como los coroneles Aguilera, Moncada y Tort, a partir de noviembre de 1896, seguido en meses posteriores por las columnas de Maroto, Molina, Aldea y Albergotte, lo cual perseguía el desgaste de las fuerzas mambisas (Sánchez, 1989). En ese mismo año, como parte de sus esfuerzos, intentaron persuadir al coronel Raúl Arango para que depusiera las armas, recurriendo a un ciudadano habanero enviado con el propósito de negociar (Suárez-Sardiñas, 1995). Sin embargo, este agente enemigo fue capturado y llevado ante un consejo mambí, que dictó su sentencia de muerte.

El 22 de junio de 1897, tras varios enfrentamientos con la guardia establecida en Mangos del Inglés, una columna española que avanzaba desde el Valle de Cayajabos intentó penetrar en el campamento mambí ubicado en la Sierra del Grillo. No obstante, las fuerzas insurrectas, aprovechando los numerosos accidentes geográficos del terreno, ofrecieron una tenaz resistencia que frustró los intentos enemigos. Sobre las 5 p.m., procedente del mismo lugar, otra columna española llegó en apoyo de la primera, siendo también rechazada y dispersada. Ante la imposibilidad de tomar el campamento, el ejército español se vio obligado a cesar en su empeño y ordenar la retirada.

Los medios de prensa internacionales ofrecieron una versión distinta sobre este combate, describiéndolo como una avanzada de las tropas españolas que, bajo el mando del coronel Aguilera, enfrentaron a las fuerzas mambisas en la Sierra del Grillo, ocupando sus posiciones y obligándolas a retroceder hacia el Abra del Café (Anónimo, 1897d, 1897e). La resistencia de los mambises, aunque provocó pérdidas humanas significativas, logró infligir a las tropas españolas 133 bajas, según reportaron algunos diarios norteamericanos, destacando la eficacia de las tácticas de guerrilla mambisa (Anónimo, 1897d, 1897e). Estos medios mencionaron que los españoles creían estar combatiendo contra fuerzas dirigidas por Néstor Aranguren, atrincheradas en la Sierra del Grillo. Según el parte de guerra enviado al delegado Plenipotenciario de la República de Cuba en el exterior, Don Tomás Estrada Palma, los españoles sufrieron cinco bajas en el campo, veintinueve muertos y alrededor de sesenta heridos, entre los muertos se rela-

cionan siete oficiales y entre los heridos un comandante. Por su parte, el general Abelino Rosas, jefe del Sexto Cuerpo del Ejército Libertador en la provincia de Matanzas en sustitución del general José Lacret Morlot, informó al Mayor General José María Rodríguez un saldo total de 163 bajas españolas en el combate de El Grillo, incluyendo al jefe principal de la columna y siete oficiales subalternos (Suárez-Sardiñas, 1995).

Sin embargo, al siguiente día, Weyler, telegrafió al general Azcárraga, ministro de la Guerra en Madrid, la supuesta ocupación de la Sierra del Grillo por parte del ejército español tras un enfrentamiento en el que, según su versión, las tropas insurrectas habrían sufrido diez bajas. Weyler al parecer optó por ocultar sus fracasos en la conducción de la contienda para evitar que el gobierno de la península y la opinión pública española cuestionaran su capacidad de mando. Incluso entre los sectores más conservadores de la sociedad colonial cubana —quienes inicialmente clamaron por su llegada en detrimento del prestigio alcanzado por el general Arsenio Martínez Campos durante la Guerra de los Diez Años—, empezaba a surgir un creciente escepticismo sobre su habilidad para contener el avance del ejército mambí. Su presencia en Madruga, donde llegó para comprobar personalmente el estado de las operaciones, evidencia la importancia estratégica de la Sierra del Grillo en sus planes de pacificación. Sin embargo, los constantes errores y fracasos de las tropas españolas para tomar el control efectivo de esta zona montañosa subrayaron las limitaciones de su estrategia militar y la firme resistencia del Ejército Libertador, que seguía demostrando superioridad táctica en el terreno.

En los días sucesivos al combate del 22 de junio en el Grillo, se infiere a partir del informe del coronel Raúl Arango al general Alejandro Rodríguez, que el mando militar español inició una concentración significativa de efectivos militares en Madruga, con el objetivo de intensificar las operaciones en la zona (Suárez-Sardiñas, 1995). En julio de 1897, el coronel Aguilera, al mando de una columna española, salió de San Nicolás y llevó a cabo tres días de operaciones de reconocimiento en los alrededores de Madruga (Anónimo, 1897f). Entre el 19 y el 21 realizó reconocimientos en di-

versas fincas y localidades como Villavicencio, Carmen, Rechazo, La Esperanza y La Economía, donde se enfrentaron con una partida insurrecta, resultando en la captura de machetes y caballos. Luego la columna pernoctó en el ingenio San Antonio y al día siguiente continuó nuevos reconocimientos combinados alrededor de Madruga, en puntos estratégicos, sin novedades relevantes. Finalmente, el 21 de julio, en conjunto con las guerrillas de Madruga inspeccionaron varias zonas como la Jíquima, Sabana y Robles entre otros puntos, donde buscaban eliminar cualquier presencia mambisa en la región (Anónimo, 1897f).

A partir del 3 de agosto, desde Madruga y la tienda de Villo (lugar no precisado), partieron dos columnas españolas hacia el Grillo, complementadas por otras dos que fueron avistadas una en la finca La Sierra y otra en la finca El Inglés. Según Weyler (1911), esta fuerza estuvo bajo el mando del coronel Aguilera y estaba compuesta por el batallón de Almansa, la brigada disciplinaria, el escuadrón de Voluntarios de María Cristina y guerrillas locales de Madruga, en combinación con el batallón de María Cristina. Grandes grupos de caballería se desplegaron estratégicamente alrededor de las lomas, mientras que la infantería se dirigió a las tres entradas del campamento mambí llegando hasta muy cerca de este. Las órdenes del mando insurrecto eran las de permitir el avance enemigo hasta que el mismo se adentrara en el campamento para posteriormente sitiario bajo los disparos desde las trincheras de la entrada. Sin embargo, el 4 de agosto, alrededor de las 8 de la mañana, las tropas españolas comenzaron a replegarse inesperadamente sin entablar combate alguno. El coronel Raúl Arango recibió entonces la información de que, el día anterior, el enemigo había irrumpido en el hospital, dando muerte al soldado Silvestre Márquez y al comandante Domingo del Monte, convaleciente aún de las heridas recibidas en la acción de El Cangre (Suárez-Sardiñas, 1995). Este hecho lo llevó a suponer que, sabiendo el enemigo dónde se encontraban acampadas sus fuerzas, lo sitiaron con el propósito de entrar con libertad tanto en el hospital como en el Llano de García (Sánchez, 1989).

Entre el 6 y el 9 de agosto de 1897, las tropas españolas ocuparon la base de la serranía. Según Reverter (1899), con el objetivo de perseguir y

destruir las partidas insurrectas atrincheradas en el Grillo, el general Weyler viajó a Matanzas a principios de agosto para diseñar un plan estratégico. Su intención era dirigir personalmente la operación, tomar las posiciones, encontrar y bloquear las fuentes de agua y construir dos fortines, pero circunstancias urgentes en la capital le impidieron ejecutarlo. Antes de regresar a La Habana, llegó a Aguacate el día 7 y, el 8, ordenó al general Maroto avanzar sobre la Sierra del Grillo. Para ello, dispuso que los batallones de Guipúzcoa y Almansa, la brigada disciplinaria, el Escuadrón de Villaviciosa, los movilizados de Alfonso XIII y guerrillas locales de Madruga llevaran a cabo la operación. Las columnas encargadas de atacar las fuertes posiciones estaban comandadas por los generales Molina y Maroto y el coronel Aguilera, sumando todas estas fuerzas unos 4,000 hombres (Anónimo, 1897g). El día 9, una primera acometida dirigida por el coronel Aguilera, al frente de los batallones de Almansa y Guipúzcoa, intentó tomar la altura ascendiendo por una vereda que conducía al Llano de García, dando lugar a un reñido combate que se extendió durante una hora y media. La ofensiva española desde el llano, contra los cubanos en las alturas, produjo a los primeros grandes bajas, pero las fuerzas cubanas se vieron obligadas a abandonar las trincheras por falta de municiones. Durante la acción, el enemigo, completamente desmoralizado, se negó a recoger a sus heridos y muertos, escuchándose gritos de imprecaciones y quejas. Sin embargo, la concentración de tropas españolas fue tan numerosa que la operación continuó y lograron rodear la elevación, aislando las fuerzas mambisas que permanecieron allí incomunicadas hasta el día 10 en que, parte de los combatientes bajo el mando del teniente coronel Eliseo Figueroa rompieron el cerco y se encaminaron con la impedimenta hasta Camarones. En el lugar se mantuvo el coronel Raúl Arango con el comandante Díaz y un pelotón a cargo del alférez Ricardo Barberá, hasta el día 13 en que exhaustos por la escasez de agua y alimentos salieron del lugar gracias al valioso servicio prestado por el práctico Chito Mesa. Entre las bajas insurrectas, se relacionan Concepción González y el sargento Norberto Martínez, además de cuatro heridos. Después de un interrogatorio realizado a un prisionero de guerra reveló que las columnas españolas que habían participado

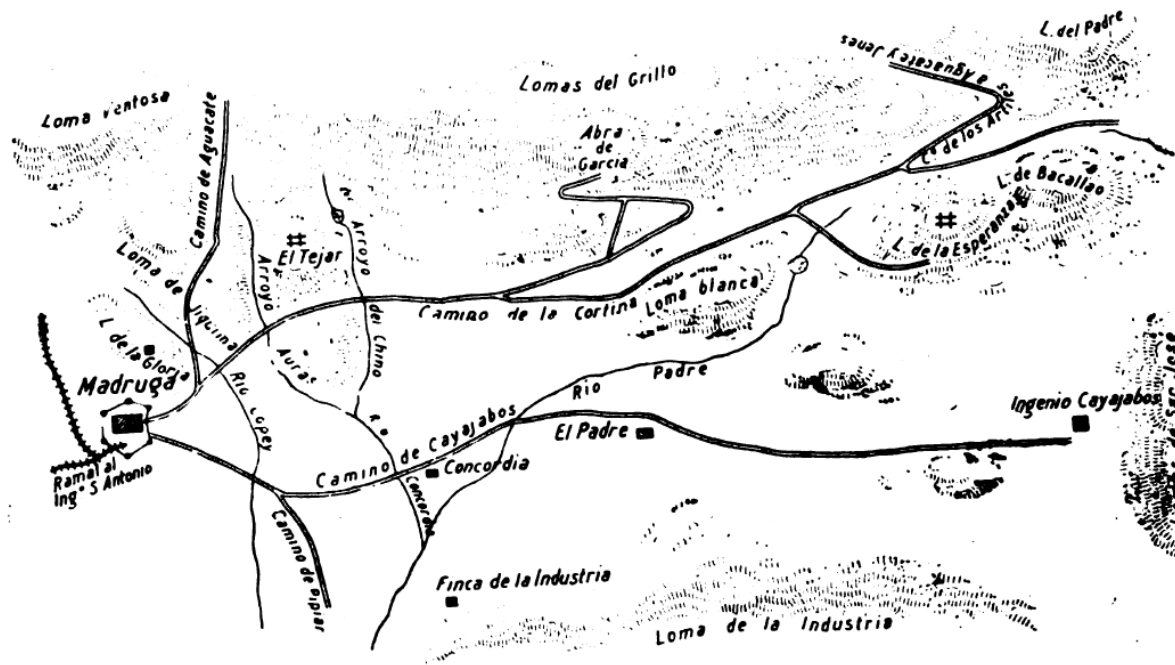


FIG. 6. Croquis del área de Madruga en 1897 de Weyler (1911). Se observa el pueblo de Madruga cercado, junto con los fortines de El Tejar y Loma de la Esperanza, así como el camino que conduce al Abra de García

en la acción fueron el Batallón Almanza, y la Brigada Disciplinaria, además el Batallón de la Reina, Batallón de Castilla y una columna de infantería de marina. Las bajas enemigas se estiman superiores a los 200 hombres.

Tras retirarse las fuerzas de Arango, quedaron en la zona las fuerzas de infantería de Matanzas comandadas por el teniente coronel Sosa. A pesar de los esfuerzos y grandes pérdidas logísticas y de hombres, la ocupación total de la serranía por las tropas españolas no se había logrado. Los españoles, con mayor conocimiento del terreno a causa de sufrir tantos golpes, y debidamente reforzados, lanzaron un nuevo ataque el 15 de agosto, empeñados en desalojar a los cubanos de tan estratégica zona, iniciándose un enfrentamiento que duró hasta el día 17 del mismo mes y en la que los españoles tuvieron 21 muertos y 28 heridos, incluyendo entre los primeros a dos tenientes y un capitán. Según Weyler (1911), entre el 9 y el 26 de agosto, el general Maroto, junto con las fuerzas mencionadas logró tomar progresivamente las posiciones más difíciles en las lomas del Grillo. Tras duros esfuerzos y privaciones, y bajo la insistencia de Weyler, finalmente encontraron fuentes de agua y

construyeron dos fortines estratégicos para impedir el acceso de las tropas cubanas y su abastecimiento. Uno de estos fortines se edificó en la loma del Tejar, para controlar los arroyos cercanos, mientras que el otro se ubicó en la loma de la Esperanza, con el objetivo de controlar otra fuente de agua utilizada por los cubanos (Fig. 6). Además, se construyó un camino desde el llamado paso de la Cortina hasta el Abra de García, para facilitar el movimiento de las tropas y el transporte de suministros en la zona de operaciones (Weyler, 1911).

Desalojado de las posiciones en la Sierra del Grillo, el Regimiento de Infantería Habana estableció su campamento en las alturas de Monte Machado, próximo al poblado de Jibacoa. A finales del mes de agosto, era objetivo de las fuerzas insurrectas establecer su campamento en Ponce e iniciar algunas operaciones por los pueblos de Aguacate, Jaruco y Ceiba Mocha, principalmente por las líneas del ferrocarril del norte y centro de la provincia, dificultando el traslado de las tropas españolas. En el trayecto de la columna, se presentó inesperadamente por el flanco derecho una fuerza española, compuesta de caballería e infantería, la cual trató de cortar el avance insurrecto, por lo

que se destacó a la Tercera Compañía del Primer Batallón, comandada por el capitán Lorenzo Savariau y los tenientes Armando Sáenz de la Peña, Pedro de Cárdenas, Luis Figueroa, Sebastián Álvarez, Alberto Brito, Facundo Forrés y otros para que la citada compañía provista de fusiles Máuser se adelantara a la carrera, aprovechando el curso del río Ponce y ocupase la altura mientras el grueso de las fuerzas se corrió hacia la barranca que bordeaban el río para ofrecer resistencia al enemigo, movimiento que no fue percibido por el mando español (Suárez-Sardiñas, 1995).

Las fuerzas españolas, lideradas por el general Molina de Matanzas y el coronel Albergotte de Aguacate, desplegaron todo su conocimiento militar para destruir las fuerzas mambisas, cuando recibieron una rociada de fuego disparada por la Tercera Compañía que logró tomar la altura antes que el ejército español, obligando a la caballería española a retirarse en desorden hacia el grueso de su columna. Las fuerzas restantes, protegidas por la topografía del terreno, consiguieron llegar con el grueso de las fuerzas a la cima de El Derriscadero, elevación de la mencionada serranía, desde donde se estableció un intenso fuego para evitar que el enemigo escalase la loma. El empeño español contenido por las balas cubanas se prolongó hasta la llegada de la noche, teniendo que retirarse del campo con grandes bajas entre las que figuraban el coronel Alfau y el comandante González, jefe militar de Aguacate. Las fuerzas cubanas tuvieron que lamentar la muerte de los madrugeros José Roque y Pablo Hernández. La constante persecución por parte de las tropas españolas llevó finalmente a que la oficialidad mambisa tomara la difícil decisión de evacuar el cuartel de Ponce, ante la imposibilidad de mantener el control de la posición (Suárez-Sardiñas, 1995).

El 14 de septiembre los insurrectos acamparon en Santa Brígida, donde sostuvieron un breve combate con las tropas españolas que hostigaban el campamento. Confiado en el reinicio de las operaciones, al día siguiente Eliseo Figueroa determinó fraccionar sus fuerzas, ubicando a la Tercera Compañía en la finca El Inglés, y la Primera entre la Sierra del Grillo y Camarones. Sin embargo, en ausencia del coronel Raúl Arango quien estaba herido de las acciones de agosto en el Grillo, el comandante Eusebio Díaz, aprovechó la oportuni-

dad para traicionar a las fuerzas insurrectas. Aprovechando el sueño de los soldados perpetró un ataque a los enfermos del hospital que resultó en 48 bajas, entre macheteados, prisioneros y dispersos. Muchos de estos últimos, convalecientes de heridas, fallecieron posteriormente debido al hambre y la extrema debilidad en que se encontraban (Suárez-Sardiñas, 1995).

Esta traición agravó la situación de la Primera Compañía, que, asediada por la constante persecución enemiga, se presentó en el lugar y trató en condiciones desventajosas de reagrupar a los dispersos. A la difícil situación se sumaron los estragos de la fiebre palúdica que afectaba a los insurrectos. En este contexto, surgió un nuevo intento de traición por parte del capitán Asísculo Bengué y Fello Galván Sosa, quienes intentaron reclutar cómplices en la compañía para entregarse al ejército español. Su plan incluía ejecutar a algunos jefes del regimiento o entregar el campamento, justificando su acción por la miseria que estaban sufriendo y la falta de esperanza en el triunfo de la causa independentista. Un consejo de guerra, integrado por el teniente coronel Carlos Dubois, el capitán Agustín Galán, los tenientes Lorenzo Savariau y Carmelo Armenteros, y el alférez Pedro de Cárdenas, condenó a Bengué y Galván Sosa a la pena de muerte, previa degradación del primero (Figueroa, 1898).

Eliseo Figueroa recibió la orden de Raúl Arango de auxiliar a una expedición desembarcada en Cárdenas y recibir la parte correspondiente al regimiento. Iniciada la marcha se le incorporaron once expedicionarios en Bolaños, mientras que los restantes se le unieron en Ponce, donde acamparon. Por la tarde, una fuerte columna española amenazó con atacar la posición, que beneficiaba a las fuerzas mambisas. El combate se inició a las 9:00 a.m. del siguiente día siendo atacadas las fuerzas mambisas por tres lados, durante el fuego, que se prolongó durante siete horas, las fuerzas españolas tuvieron grandes bajas.

El campamento fue trasladado entonces a El Derriscadero donde continuó la hostilidad española que impidió una entrevista con el coronel Arango. En la madrugada el campamento mambí fue sorprendido penetrando el enemigo en su interior ocasionando cuatro bajas y dispersando algunos hombres, esta situación llevó a que se mantu-

vieran rodeados durante cinco días con falta de agua y alimentos hasta que rompieron el cerco y acamparon en un cañaveral, sirviendo este último como única fuente de alimento (Suárez-Sardiñas, 1995).

Las fuerzas mambisas estaban convertidas en su totalidad en una impedimenta por las enfermedades que padecían y lo debilitados que estaban, lo que precisaba un campamento seguro donde reponerse (Figueroa, 1898). Las esperanzas estaban cifradas en la Primera Compañía que separada del resto de las fuerzas, acompañaba al coronel Arango, portador de los suministros del reciente desembarco, pero de esta solo lograron sobrevivir 18 hombres que se presentaron en el campamento enfermos, casi desnudos y desalentados, al frente de estos marchaba el teniente Savariou, en grave estado de salud, descalzo y con gusanos en varias llagas.

La situación evidenciaba la presencia de problemas en la organización y disciplina de las fuerzas mambisas, en una carta del coronel Eliseo Figueroa al general Alejandro Rodríguez le expresó: “El cuadro que describe este oficial y que me ha confirmado la evidencia, es por más desconsolador e irritante, renuncio a estamparlo en este lugar escrito, para no recargar con sombras más negras los hechos que no se habían ocultados a la gran penetración que usted caracteriza bastando significarle que ha habido oficiales y soldados muertos de hambre y de fiebre precisamente trabajando en el desalijo de una expedición portadora de gran cantidad de municiones de boca, y medicinas, mientras que desocupados majases cazan con esplendidos Máuser, usan machetes nuevos y visten trajes de la expedición, llevando otros en sus jolongos los fieles restos del Regimiento se encuentran completamente desnudos casi sin parque y absolutamente sin machetes” (Figueroa, 1898).

La intervención del jefe mambí José María Bolaños (Chema) fue clave para superar las dificultades y reponer a las tropas diezmadas. El 9 de noviembre de 1897 el Regimiento de Infantería Habana marchó hacia la zona de cultivo de Madruga, creando abundante rastro para incitar a la persecución y entablar combate (Suárez-Sardiñas, 1995).

Torturas y asesinatos en Madruga en el verano de 1897

Los registros históricos sugieren que Madruga fue escenario de múltiples actos de violencia durante el verano de 1897. Los sospechosos de colaborar con los mambises solían ser detenidos, interrogados y sometidos a torturas para obtener información sobre los movimientos de los rebeldes. Las formas de tortura variaban, pero incluían prácticas como ser macheteados, golpes y exposición prolongada al sol, lo que en muchos casos conducía a la muerte.

Uno de los episodios más impactantes de esta represión fue la ejecución de Ramón Montero, presunto colaborador que buscaba denunciar las atrocidades perpetradas por las autoridades españolas en Madruga. No se ha podido precisar si su nombre era real o se trata de un seudónimo, o si incluso la palabra Montero hace referencia a alguien que conoce el monte.

Su caso trascendió debido a una carta que escribió antes de su ejecución, la cual fue enviada por el coronel Raúl Arango a un corresponsal de *The Sun* en La Habana. Este, a su vez, la remitió a otros periódicos norteamericanos, donde fue publicada a finales de agosto de 1897 (Anónimo, 1897h). En esta carta, Montero describió los horrores vividos bajo la ocupación española y detalló crímenes perpetrados contra los habitantes de Madruga. La misiva, enterrada por él cerca de un árbol a una milla al oeste del pueblo, fue encontrada por un mensajero y entregada a las fuerzas mambisas, quienes la hicieron llegar a Raúl Arango y, posteriormente, al diario americano.

Montero fue ejecutado tras ser descubierto regresando de enviar información sobre los crímenes que se estaban realizando en Madruga. La carta reveló las barbaries según los diarios, incluidas torturas y asesinatos, que los españoles infligían a los habitantes del pueblo. Montero fue un mártir en su esfuerzo por dar a conocer al mundo la brutalidad de la ocupación española en Madruga. Su caso es un claro ejemplo de cómo aquellos que intentaban exponer la realidad de los hechos enfrentaban un destino violento, silenciados antes de que su mensaje pudiera difundirse plenamente.

Además, en su carta se documentan otros crímenes igualmente escalofriantes. Montero menciona que el mismo vio a sus amigos Diego Fuentes y Félix Valera, dos ancianos que fueron ejecutados por los españoles tras negarse a colaborar. Fuentes tenía 80 años y Valera no era mucho más joven. Ambos fueron llevados a la fuerza, macheteados y decapitados en público después de ser obligados a arrodillarse uno frente al otro. Los españoles obligaron a los habitantes del pueblo a presenciar estos actos como parte de una estrategia de terror, destinada a desmoralizar a los testigos y reforzar el control español (Anónimo, 1897i).

Pero según Montero estas no fueron las únicas víctimas. Entre los actos más inhumanos ejecutados por el régimen colonial destaca lo que los lugareños describieron como la “tortura de la sed” (Anónimo, 1897i). A partir del 9 de agosto de 1897, al menos 12 personas, sin juicio y sin conocer causa de castigo, fueron atadas a postes y expuestas bajo el sol abrasador, con un recipiente de agua fresca colocado a poca distancia, pero fuera de su alcance. Otra fuente apunta que fueron 12 los macheteados y 15 los que sufrieron la tortura de la sed (Anónimo, 1897j). Todo lo que desea-

ban comer se les era facilitado, pero se les privaba de beber. Los prisioneros eran forzados a mirar el agua sin poder beberla, mientras los guardias españoles se burlaban de su sufrimiento. Tras casi tres días, los gritos de desesperación resonaban en todo el pueblo, ya que los prisioneros habían sido intencionalmente atados en distintos puntos, 6 en las barracas, 5 cerca del fuerte, que es en la parte norte del pueblo, y 4 más cerca de las casas privadas del capitán Hidalgo y de Rudelsindo García, descritos por Montero como dos bestias que se regocijaban de las torturas. Los torturados eran custodiados por soldados fuertemente armados, pero se les era permitido a los pobladores indefensos mirar.

En algunas ocasiones, los prisioneros que sufrían la “tortura de la sed” eran desatados y se les permitía luchar entre sí para ganar el acceso al agua, en un espectáculo macabro que los soldados españoles observaban y disfrutaban, apostando sobre el resultado. Tal fue el caso de Juan Pullon y Andres Zubriago, dos de los torturados, que fueron instados a pelear entre sí y después asesinados por los soldados con sus bayonetas (Anónimo, 1897k). Durante la noche, los cuerpos de todas las víctimas eran sacados del pueblo y arrojados a dos o tres millas de distancia. Luego, se enviaban informes a La Habana afirmando que habían sido asesinados por los mambises.

Discusión

Si bien la arqueología en Madruga ha sido objeto de estudios previos, centrados principalmente en los periodos aborigen y colonial temprano, la arqueología militar del municipio en la etapa final del dominio español sigue siendo un área poco explorada (Ceballos-Izquierdo et al., 2022). Uno de los hitos más significativos en este ámbito fue el trabajo del investigador Osvaldo Morales Patiño, quien logró localizar sitios específicos donde se desarrollaron importantes acciones combativas (Morales-Patiño, 1953). Además, en 1903 se colectaron objetos en la Sierra del Grillo que fueron llevados al Museo Carnegie de Historia Natural (USA), y en el Museo Municipal de Madruga se preservan objetos militares históricos que complementan los estudios arqueológicos (Fig. 7). Sin embargo, esta investigación revela nuevas dimen-



FIG. 7. Peine y fragmento de machete colectado una caverna de la Sierra del Grillo, Madruga, Cuba, supuestamente pertenecientes a los mambises. Cortesía de Kristina Gaugler (com. pers. 2025), del Museo Carnegie de Historia Natural (USA)

siones del conflicto bélico y la represión colonial en la región, que amplían el conocimiento sobre la historia de Madruga.

Uno de los hallazgos más impactantes es la documentación de las torturas sufridas por los habitantes de Madruga en 1897, particularmente la “tortura de la sed”, un método que, si bien no se asemeja a la crucifixión tradicional en términos físicos, comparte su simbolismo y efectos psicológicos. Es importante subrayar que la comparación es de carácter exclusivamente simbólico y no implica una equivalencia estructural o ritual, ya que la “tortura de la sed” carecía de los elementos específicos propios de la crucifixión tradicional. La exposición pública de las víctimas, su inmovilización forzada y el sufrimiento prolongado a causa de la deshidratación son elementos comunes en distintas prácticas punitivas históricas empleadas para infundir terror y desmoralizar a la población. En este caso, la estrategia represiva española iba más allá del castigo individual, funcionando como un mecanismo de control social destinado a infundir miedo y quebrar el apoyo a la causa independentista.

El análisis comparativo con prácticas de ejecución histórica, como la crucifixión romana, permite entender la lógica subyacente de estas torturas. La crucifixión en la antigüedad no solo tenía un propósito punitivo, sino que buscaba exponer el sufrimiento de las víctimas como una advertencia a la sociedad. De manera similar, la “tortura de la sed” en Madruga transformó la agonía de los prisioneros en un espectáculo público, donde el tormento físico y psicológico servía como una herramienta de dominación. La colocación estratégica de las víctimas en diferentes puntos del pueblo reforzaba esta intención de control social y castigo ejemplarizante.

Sin embargo, el análisis histórico también plantea preguntas cruciales. A pesar de la contundencia de los testimonios sobre estos hechos, la presencia de la denuncia solo en diarios norteamericanos, y la ausencia de registros oficiales en documentos militares cubanos y españoles genera dudas sobre la magnitud o incluso la existencia de estos eventos. Existen varias explicaciones posibles para esta falta de documentación:

- 1) Ocultamiento sistemático por parte de las autoridades coloniales: Es posible que los registros sobre estas torturas hayan sido destruidos intencionalmente para evitar la condena internacional o su uso como prueba en la narrativa independentista. La censura de la prensa y la manipulación de la información eran prácticas comunes en la política colonial española (Rea, 1897).
- 2) Limitaciones en la cobertura documental: La guerra, la destrucción de archivos y censura durante el conflicto, y la falta de registros oficiales detallados podrían haber llevado a la pérdida de información sobre estos eventos. La falta de documentación no necesariamente implica que las torturas no ocurrieran, sino que su rastro histórico pudo haberse desvanecido con el tiempo.
- 3) Exageración o creación de relatos simbólicos en la propaganda independentista: En tiempos de guerra, la información se convierte en un arma, y es plausible que algunos hechos hayan sido magnificados o incluso fabricados para reforzar el sentimiento nacionalista y movilizar apoyo a la causa independentista (Rea, 1897). La carta de Ramón Montero publicada en periódicos extranjeros sugiere una intención clara de internacionalizar la denuncia sobre las atrocidades españolas, lo cual era una estrategia habitual en la guerra de independencia cubana. Según Rea (1897) existió una “fábrica de *fake news* sobre la guerra” en Florida magnificando hechos como estos.

A pesar de estas incertidumbres, lo que sí queda claro es que Madruga fue un escenario de represión brutal a finales del siglo 19 y principalmente durante el verano de 1897. La información compilada permite reconstruir un cuadro de violencia sistemática, en el cual la tortura y la ejecución de sospechosos eran prácticas comunes. Estos métodos, lejos de ser hechos aislados, formaron parte de una estrategia mayor de pacificación y sometimiento de la población civil por parte del ejército español y sugieren que la tortura de la sed sí pudo ser posible. Por ejemplo, a principios de 1895, a medida que el sentimiento independentista comen-



FIG. 8. A las afueras de los baños medicinales de Madruga, posible centro de conspiración contra el dominio español. Nótese el uso de las viseras del sombrero hacia atrás, gesto simbólico de cubanía y resistencia. En las viseras puede leerse claramente la inscripción “Feliz Temporada de Madruga, 1895”. Revista Ilustración de Cuba, 1895

zaba a aflorar en Madruga (Fig. 8), se intensificaron las represalias contra quienes fueran considerados sospechosos de apoyar la causa independentista. Durante los preparativos del alzamiento, todo indica que las autoridades españolas tuvieron conocimiento anticipado de los planes conspirativos, lo que desató una brutal campaña de intimidación preventiva. Como advertencia a la población, en cada barrio rural del término de Madruga apareció un ahorcado, en un claro intento de sembrar el terror entre los habitantes (Suárez-Sardiñas, 2024). Una crónica de la época describe con crudeza: “Casos horribles, como los ocurridos en Madruga, ilustran esta brutalidad: Andrés Moreno, Santiago Montero y Francisco Díaz, vecinos pacíficos y honrados, fueron golpeados y sus dedos triturados hasta dejarlos inconscientes, víctimas de un sistema cruel e inhumano” (Estévez, 1899). En Agua-

cate, bajo órdenes estrictas de Weyler, las tropas españolas impidieron la entrada de víveres, fusilaron sin juicio un promedio diario de ocho personas y a todo al que se acercara a las líneas militares y, en medio de una epidemia de viruela que diezaba tanto a civiles como a soldados, intensificaron su crueldad, reduciendo la población del pueblo a la mitad (Anónimo, 1897). El historiador Pablo Oliva Reyes relata que, al concluir la guerra, durante las labores de adecuación del antiguo cuartel de la Guardia Civil española —hoy sede del Museo Municipal María Mercedes García Santana— para su conversión en ayuntamiento, se encontraron varios cadáveres en el fondo de un pozo, presuntamente pertenecientes a simpatizantes de la insurgencia (Suárez-Sardiñas, com. pers., 2025). Una búsqueda reciente en los registros parroquiales de defunciones de la iglesia católica de Madru-

ga reveló una entrada del 14 de julio de 1897, en la que se documenta la muerte de Diego Fuentes Hernández, ejecutado con armas blancas, según consta en una comunicación del entonces comandante militar local (Y.C.I., observación personal). Este individuo podría corresponder al Diego Fuentes mencionado en la carta de Ramón Montero, aunque la identificación sigue siendo incierta.

Otro punto de interés que emerge de este estudio es la relación entre la represión en Madruga y la estrategia militar más amplia de la metrópoli española. La intensificación de la violencia en este municipio coincide con la política de reconcentración de Valeriano Weyler, que buscaba debilitar la insurgencia aislando a la población civil y despojándola de sus medios de subsistencia. La represión extrema y la violencia indiscriminada contra los habitantes de Madruga parecen responder a esta lógica de exterminio aplicada en otras regiones de Cuba (Rea, 1897).

Desde el punto de vista arqueológico, la investigación plantea interrogantes sobre la preservación de evidencias físicas de estos eventos. La desaparición de los fortines españoles y la ausencia de hallazgos materiales asociados con estos actos de tortura sugieren que la represión no solo tuvo un impacto en la vida de los habitantes de Madruga, sino también en el paisaje y la memoria histórica del lugar. Los fortines españoles, especialmente aquellos construidos con materiales más rudimentarios en zonas rurales como Madruga, eran pequeñas estructuras defensivas de rápida construcción. Generalmente se erigían de piedra y mampostería, aunque en su estructura predominaba el uso de madera reforzada, barro, con techos de tejas criollas o de hojas de palma real (yagua; *Roystonea regia*). Eran mayormente de dimensiones reducidas y distribuidos estratégicamente para formar una red de vigilancia, con capacidad para entre 10 y 30 soldados, aunque algunos, como el Cabite, podía albergar hasta 100 efectivos. El uso de madera, barro y techos de yagua permitía una construcción rápida y con materiales accesibles, pero al mismo tiempo los hacía vulnerables a incendios y facilitaba su destrucción. Esta fragilidad estructural explica por qué, después de ser abandonados y demolidos por la población al concluir la guerra, no quedaron

restos visibles de estos fortines en Madruga, salvo referencias documentales que permiten reconstruir su papel en el conflicto. La única excepción es un fortín en Aguacate, que logró sobrevivir a la destrucción generalizada (Fig. 3).

El estudio documental también permite confirmar la guerra mediática en aquella época como un arma estratégica en el conflicto con las distintas partes jugando a sus intereses (Rea, 1897). Según el diario de campaña del soldado mambí Julio Morlans, se sabe que los insurrectos recibían prensa en la Sierra del Grillo, lo que sugiere que estaban bien informados sobre los acontecimientos en la región. Además, se ha podido determinar con mayor certeza que Raúl Arango enviaba comunicaciones a los españoles con desafíos directos. Un ejemplo de ello se encuentra en la entrada del miércoles 20 de enero de 1897, en donde Julio Morlans escribió: “El Tte. coronel ha escrito una carta al Comandante Militar del Aguacate, desafiándolo, en vista de que no nos atacan” (Sánchez, 1989). Estos desafíos fueron multiplicados en los diarios de la época y pudieron haber sido utilizados por Arango como una estrategia para debilitar la moral de las fuerzas españolas, provocar errores tácticos o incluso preparar emboscadas y otras maniobras militares. Otro ejemplo notable es una carta de Arango dirigida a Weyler, fechada el 2 de agosto de 1897 (Anónimo, 1897m). En ella, Arango ridiculiza a las tropas españolas, relatando cómo, en repetidas ocasiones, sus fuerzas hicieron huir a unidades como el batallón de San Quintín y el batallón de Canarias, desmintiendo además los partes oficiales que proclamaban victorias españolas y la supuesta pacificación de la provincia. La carta fue distribuida en La Habana bajo el título “Arango desafía a Weyler”, causando burlas entre los enemigos del general español. Según la carta de Montero publicada en los diarios, la denuncia de los hechos de la “tortura de la sed” llegó a Arango a través de un corresponsal y él fue quien los expuso públicamente en la prensa. Sin embargo, era común en los diarios de aquel entonces publicar cartas falsas a nombre de los jefes mambises (Rea, 1897), un punto que deja abiertas nuevas interrogantes: ¿Conocía realmente Arango sobre los hechos de la “tortura de la sed” que estaban

ocurriendo en Madruga? Si estos hechos realmente ocurrieron y él estaba al tanto, ¿por qué no hay más registros al respecto?

Como era de esperarse, el desarrollo de los acontecimientos en los primeros días de agosto de 1897 fue proporcional a la escalada mediática entre las partes, y otra acción mencionada en los medios de la época, simultáneamente con el despliegue de columnas españolas en la Sierra del Grillo y las torturas de la sed en Madruga, es el intento de captura de Weyler en Aguacate (Anónimo, 1897n). Inicialmente, algunos medios reportaron que el enfrentamiento ocurrió en Matanzas, pero posteriormente se confirmó que tuvo lugar cerca de Aguacate, estimándose en alrededor de 200 los soldados españoles muertos, mientras que las bajas cubanas fueron significativamente menores. El ataque se produjo cuando Weyler planeaba regresar a La Habana desde Matanzas a caballo. Los mambises, comandados por el general Castillo, organizaron una emboscada con aproximadamente 1,500 hombres. El combate comenzó a las cuatro de la tarde y se extendió hasta la noche, dejando heridos al coronel Aldea y al general Molina e incluso se llegó a informar que el propio Weyler había resultado herido. Sin embargo, en el momento del ataque, Weyler no se encontraba en la zona, frustrando así los planes de su captura (Anónimo, 1897n).

Más allá de los debates sobre la veracidad de la “tortura de la sed”, lo que permanece innegable es la brutalidad del conflicto y el alto costo humano de la lucha por la independencia. Futuras investigaciones arqueológicas podrían arrojar luz sobre estos episodios, mediante la recuperación de vestigios materiales que confirmen o cuestionen las narrativas transmitidas por las fuentes históricas. Lugares como la Sierra del Grillo, ofrecen un rico potencial arqueológico —en gran parte inexplorado— que podría revelar información clave sobre los conflictos militares en la zona y las estrategias empleadas por las partes involucradas. Los datos analizados en este estudio sugieren que, en Madruga, se implementaron métodos represivos que podrían entenderse como parte de un esfuerzo más amplio de control social. Sin embargo, debido a la limitada disponibilidad de registros oficiales y al riesgo de sesgo en algunas fuentes, es necesario interpretar estos hallaz-

gos con precaución. No es posible afirmar de manera concluyente la existencia de una estrategia represiva integral, aunque los hechos documentados apuntan a la aplicación de prácticas violentas en contextos específicos. Todo ello subraya la necesidad de continuar investigando, ampliando el corpus documental y promoviendo estudios arqueológicos que permitan esclarecer uno de los capítulos más oscuros del conflicto en Madruga.

Conclusiones

Los eventos ocurridos en Madruga durante el verano de 1897 evidencian un incremento en la represión colonial española, caracterizado por la implementación de torturas sistemáticas, ejecuciones y un refuerzo estratégico del control militar en la región. La investigación documenta el uso de la tortura de la sed, un método que consistía en la inmovilización de las víctimas, su exposición prolongada al sol sin acceso al agua y un sufrimiento psicológico severo, mostrando paralelismos funcionales con métodos históricos de ejecución pública, incluida la crucifixión. Estas prácticas represivas formaban parte de una estrategia más amplia de control poblacional en el contexto de la Guerra de Independencia de Cuba, en particular bajo la política de reconcentración impulsada por el general Valeriano Weyler.

El estudio también examina la manipulación de la información en diferentes fuentes históricas, evidenciando contradicciones entre los informes oficiales españoles, los testimonios insurgentes y las publicaciones en la prensa extranjera. La falta de registros detallados y la censura impuesta por las autoridades coloniales sugieren la posibilidad de ocultamiento sistemático de estos crímenes, mientras que las publicaciones norteamericanas podrían haber magnificado o reinterpretado ciertos hechos dentro de un contexto propagandístico.

Por otro lado, la destrucción de fortificaciones españolas y la ausencia de restos materiales representan un desafío para la corroboración arqueológica de los eventos descritos. Sin embargo, el análisis de fuentes documentales señala la existencia de sitios clave donde futuras investigaciones podrían aportar evidencia material sobre la represión en Madruga. En este sentido, el estudio resalta la importancia de continuar con investiga-

ciones interdisciplinarias que combinen historia y arqueología para una reconstrucción más precisa de los hechos y su impacto en la población local. Es fundamental preservar la memoria de estos hechos como parte de la historia de lucha y resistencia de Cuba, honrando el legado de quienes en Madruga y otras regiones sacrificaron sus vidas por la independencia.

Agradecimientos

A los historiadores Carlos Miguel Suárez Sardiñas y Vladimir Hernández Zamora, apasionados de la historia de Madruga, por compartir generosamente su vasta experiencia y valiosos datos, enriqueciendo significativamente y motivando esta investigación.

Referencias

- Allen-Tupper, H. (1898). *America, Cuba's good Samaritan*. En: Chapter VIII, *Columbia's war for Cuba*. P.B. Bromfield & Co., Bible House, New York.
- Anónimo (1897a). Notas generales. *El País* III (118): 3. 14 junio 1897.
- Anónimo (1897b). La carga del Cangre. *Diario de la Marina*. 15 mayo 1897.
- Anónimo (1897c). De Madruga. *Diario de la Marina*. 24 mayo 1897.
- Anónimo (1897d). Battle with the insurgents. *The Daily Signal*. 25 junio 1897.
- Anónimo (1897e). Operations in Cuba. *The Spokesman-Review*. 25 junio 1897.
- Anónimo (1897f). Madruga. Tres días de operaciones. *Diario de la Marina*. 23 julio 1897.
- Anónimo (1897g). España. Crónicas generales. *La Ciudad de Dios*, XLIV, 68-70, Madrid.
- Anónimo (1897h). Letter cost life. *Meriden Daily Republican* 53(46): 5. 20 agosto 1897.
- Anónimo (1897i). Spanish Barbarities. *Free Press* IV(68): 4. 24 agosto 1897.
- Anónimo (1897j). More Spanish cruelties. *The Middletown Signal* IV(68): 4. 27 agosto 1897.
- Anónimo (1897k). Letter cost a life. *Youngstown Vindicator* 8(355): 7. 31 agosto 1897.
- Anónimo (1897l). Weyler Denies Food to the Inhabitants of Aguacate. *Foster's daily Democrat*, 23 septiembre 1897.
- Anónimo (1897m). Col Arango twits Weyler on his soldiers' cowardice. *The Times*, 7 agosto, 1897.
- Anónimo (1897n). Butcher Weyler vanquished. *Daily Capital Journal*, 13 agosto, 1897.
- Ceballos-Izquierdo, Y., Garcell Domínguez, J. A., & Orihuela, J. (2022). Historia de las investigaciones arqueológicas y espeleológicas en el municipio Madruga, Mayabeque. *Cuba Arqueológica* 15(2).
- De Quesada, G. (1897). *Free Cuba: Her Oppression, Struggle for Liberty, History and Condition with Causes and Justifications of the Present War for Independence*. New York Publishers' Union.
- Estévez, L. (1899). *Desde el Zanjón hasta Baire: Datos para la historia política de Cuba*. Tipografía La Propaganda literaria.
- Figuroa, E. (1898). *Registro de Comunicaciones del Regimiento de Infantería Habana del Quinto Cuerpo del Ejército Libertador*. Documento inédito. Museo municipal María Mercedes García Santana de Madruga.
- Morales Patiño, O. (1953). *El capitán Chino: teniente coronel Quirino Zamora: historia de un mambí en la Provincia de la Habana*. Oficina del Historiador de la Ciudad, 135 páginas.
- Oliva Reyes, P. (1947). *Madruga. Historia de este municipio de la provincia de La Habana*. Documento manuscrito no publicado. Museo municipal María Mercedes García Santana de Madruga.
- Rea, G. B. (1897). *Facts and fakes about Cuba*. G. Munro's Sons, New York, 336 páginas.
- Ridpath, J. C. (1907). *The New Complete History of the United States of America: National expansion*. Vol. XIV. Ridpath History Company, Washington, D.C.
- Suárez-Sardiñas, C. M. (1995). *La guerra de 1895 en Madruga*. Documento inédito. Museo municipal María Mercedes García Santana de Madruga.

Suárez-Sardiñas, C. M. (2024). *Historia de Madruga*. Documento inédito. Museo municipal María Mercedes García Santana de Madruga.

Weyler, V. (1911). *Mi mando en Cuba (10 febrero 1896 á 31 octubre 1897): historia militar y política de la última guerra separatista du-*

rante dicho mando (Vol. 5). Imprenta, Litografía y Casa Editorial de Felipe González Rojas, Madrid.

Recibido: 23 de septiembre de 2024.

Aceptado: 5 de diciembre de 2024.